

UN BRAHMA SANNYASSI (*pasando*).—¿Quién quiere agua sagrada del Ganges para hacer sus abluciones y lavar sus manchas, á seis caches la copa?

RANGASSAMY.—Lleaos esa farsa á las mujeres y á los tontos, ¡holgazan!

SEGUNDA PARTE.

(La escena pasa bajo la verandah de la casa de Moutamalle, en una calle de Bahour.)

ANNIAMA.—LATCHOUMYAMA.—MOUTAMALLE.—VECINAS.

ANNIAMA (*machacando el grano sobre la piedra del carry*).—He soñado esta noche que iba á la fiesta de Tircangi, vestida con un pagne tejido de oro y seda; el haoudah en que iba encerrada lo llevaba un elefante blanco.

Brahmas, fakirs, mendigos y soudras se prosternaban en el polvo como ante el rajah de Travencor... ¿Qué quieren decir estos presagios?

¡Ah! Este pájaro que revolotea sobre mi cabeza, es el pájaro querido de Covinda (uno de los nombres de Vischnou), el que llevaba sus dulces quejas de amor á la divina Devanaguy... ¿Vienes, tierno mensajero de plumaje oscuro, á anunciarme una feliz noticia ó un porvenir de peligros?

¡Oh, Dios mio! Un milano pária se le atraviesa en su vuelo... Me mira. Pronto, conjuremos su siniestra presencia.

(*Arroja una bolita de arroz untada de aceite de coco.*)

Ya se ha ido... Tiemblo. ¿Es de alegría ó de temor?

(*Entra Latchoumyama.*)

LATCHOUMYAMA.—Destierra el temor y regocíjate, hermosa Anniama.

ANNIAMA.—Me has asustado.

LATCHOUMYAMA.—Vengo á realizar tu feliz presagio. ¿Me conoces?

ANNIAMA.—¿No eres la hija de Parvady? Tu nombre es Latchoumy.

LATCHOUMYAMA.—Cuando era jóven y bella, cuando llevaba á mis compañeras á bailar delante del carro de Siva, cuando los vellajas y commoutys se disputaban mi posesion, me llamaban Latchoumy; ahora no soy más que Latchoumyama (la vieja Latchoumy).

ANNIAMA.—Tú tienes alhajas bien hermosas.

LATCHOUMYAMA.—Sólo en ti consiste que las tengas iguales.

ANNIAMA.—Yo no puedo tener más que taitous y moncantys de cobre (collares y adornos de la nariz). El arroz falta muchas veces en mi casa.

LATCHOUMYAMA.—Una hermosa jóven como tú, no debe llevar adornos de pária. El jóven commouty Saverinaden se muere de amor por Anniama. Que Anniama le escuche, y le dará con abundancia oro, perlas finas, cachemires y arroz para su madre.

ANNIAMA.—Rangassamy me ha dicho tambien eso; pero es un hombre malo que engaña á las gentes, y no he querido escucharle.

LATCHOUMYAMA.—Dime, Anniama, ¿es que durante las tibias noches de Mayo, el viento que sopla del lado de las montañas del Valdaour no ha venido nunca á traves de la puerta entreabierta de tu cabaña á murmurar palabras de amor?

ANNIAMA.—Sí ha venido, y he comprendido su lenguaje.

LATCHOUMYAMA.—¿No has visto, en los sueños, jóvenes hermosos y bien formados cubrir de ardientes besos tus labios entreabiertos?

ANNIAMA.—Los he visto y deseado amarlos.

LATCHOUMYAMA.—¿Y quién es el mortal dichoso que ha estrechado el primero tu hermoso cuerpo en un abrazo apasionado, sobre una estera de vetivert cubierta con el pagne blanco de las vírgenes?

ANNIAMA.—¡Ah! Nadie me ha dicho aún que ansia mis caricias.

LATCHOUMYAMA.—¿Sin duda habrás rechazado las demostraciones que te han hecho?

ANNIAMA.—¿Quién puede fijarse en una pobre muchacha como yo?

LATCHOUMYAMA.—Yo vengo á traerte la palabra de Saverinaden.

ANNIAMA.—¿Te ha encargado traerme el taly?

LATCHOUMYAMA.—No es de tu casta, y no puede casarse contigo.

ANNIAMA.—Entonces ya no te escucho. Quiero poder mecer á mis hijos sobre mis rodillas en presencia de su padre, y que luégo, sin ruborizarse, celebren sobre mi tumba las ceremonias fúnebres.

LATCHOUMYAMA.—¿Y cuentas con Souprayen para realizar tus sueños de amor?

ANNIAMA.—No, es viejo, y no puedo amarle; pero sabré permanecer honrada.

LATCHOUMYAMA.—¿Y si el hermoso Saverinaden consintiese, á pesar del jefe de su casta, en ofrecerte el agua y el cousa?

ANNIAMA.—Mi corazon late ya á favor suyo.

LATCHOUMYAMA.—Está bien; voy á llevarle tu respuesta. Esta noche, cuando los rondras procuren á Moutamalle un sueño profundo, y á la hora en que Ma (la luna) se incline dulcemente hácia el Este, te sentarás al pié de este cocotero, y yo vendré á decirte su voluntad. Mientras tanto, lleva á cabo las ceremonias consagradas á los presagios felices.

ANNIAMA.—Es demasiado tarde. ¿Olvidas que esta noche viene á buscarme Souprayen para la ceremonia de los esponsales?

LATCHOUMYAMA.—No piensa ya en tí, y la ceremonia no tendrá lugar esta noche.

ANNIAMA.—¿De véras? Que el divino Vischnou te preste su sabiduría y hable por tu boca.

LATCHOUMYAMA.—Por tu misma madre sabrás que no te he mentado.

ANNIAMA.—Pues bien, á la hora en que Ma se inclinará dulcemente hácia el Este, iré á sentarme al lado de ese cocotero y esperare.

LATCHOUMYAMA.—Saverinaden va á conocer los pensamientos de tu corazon, y tal vez vendrá él mismo á colocar en tu cuello el taly de oro.

(*Se va.*)

ANNIAMA (*sola*).—¡Oh, dulces sueños de esta noche, bello pájaro de Covinda, ya veo que no me habeis engañado! Voy á darme prisa á preparar el arroz, porque mi madre se pone furiosa cuando el arroz no cuece en la tiselle (puchero de cobre destinado para cocer el arroz).

(*Entra en la casa.*)

MOUTAMALLE (*llorando y arrancándose los cabellos*).—¡Ayo, ayo, Samy! El jefe de la casta me manda que comparezca en su presencia; todos los mendigos del bazar, con Rangassamy á la cabeza, me acusan de seducir á las jóvenes y corromper á las mujeres casadas... ¡Cuán desgraciada soy! Souprayen acaba de quitarme la pagoda que me habia dado en arras del matrimonio con mi hija.

(*Llamándola.*)

¡Anniama! ¡Anniama!

ANNIAMA (*en el interior de la casa canta*).—Dulce men-

sajero de la bella Devanaguy, hermoso pájaro de plumaje oscuro, ven á posarte sobre mi choza.

MOUTAMALLE.—¿Cantas en vez de responderme? Espera; ahora sí que cantarás.

(*Entra en la casa; se oyen gritos en el interior.*)

MUCHAS VECINAS (*apareciendo en la verandah*).—¿De dónde provienen esos gritos?

UNA DE ÉLLAS.—Es la vieja Moutamalle, que estará borracha y pega á su hija.